

Echar valor y andar hacia casa de tu entrevistado. Es lo único que puedes hacer cuando te mandan un trabajo así. No sabes cómo reaccionarán, no sabes si te contarán lo que de verdad te interesa, y ni siquiera sabes si les sentará mal alguna pregunta que le formules. Pero de todas formas, cualquier cosa que te digan, cualquier detalle recordado, va a ser emocionante para tu vida: él/ella te van a dar las gracias por interesarte por su infancia, tú aprendes de tus mayores y sientes la satisfacción de que sabes mucho más de ellos.

Todo comienza en su nacimiento y todavía les queda vida por vivir. Todo lo peor ya lo pasaron en sus días, pero siempre quedará **Nuestro recuerdo**.

Premio de iniciación a la investigación 2009

Modalidad: Bachiller

I.E.S. "Hermanos Amorós" Villena

NUESTRO RECUERDO

Realizado por: Andrea Estevan Navarro



S

oy Ramona Alpañés García. Nací el 29 de mayo de 1921, y voy a contar la historia de mis casi 89 años de vida.

Muchas de las cosas que contaré son bastante esquemáticas, pero mi corta memoria dificulta acordarme de muchos detalles.



Mi nacimiento tuvo lugar en Villena. Nací rodeada de mi familia, ya que fue en el dormitorio de mis padres, en el número 7 de la calle Calvario.

Mis padres se llamaban Martín Alpañés Cerdán y Catalina García García. Soy la pequeña de dos hermanos y mi hermano mayor se llamaba Felipe Alpañés García.

He vivido toda mi vida en Villena y también he estudiado y trabajado aquí.

Hasta la edad de cinco años casi siempre estaba en casa de mi abuela jugando, porque mis padres se iban a trabajar y con mi abuela podíamos estar mucho más tranquilos.

Cuando cumplí los seis añitos, comencé a ir al colegio, a las llamadas Escuelas Nacionales, pero más que escuelas parecían un almacén de alimentos.

Nuestros libros y material, en general, eran escasos: los libros eran prestados en la escuela y los bolígrafos tenían que durarte el mayor tiempo posible, porque no estábamos preparados para gastos "tontos". Comencé a leer y a escribir a los siete años y nuestro horario era como los chicos de ahora, desde las 9 de la mañana a las 12 del mediodía, y desde las 15:00 horas hasta las 17:00 horas de la tarde.

Mi infancia duró todo mi tramo de escolarización, ya que tuve que madurar pronto porque a los 14 años comencé a trabajar por primera vez.

En general mi infancia se llena de buenos recuerdos, pero, como ya he dicho, esos recuerdos poco a poco se han ido borrando con el paso de los años.

A los 14 años se puede decir que comencé a ser adulta, pues al finalizar mis estudios, mis padres rápidamente me buscaron un trabajo para poder elevar un poco el salario mínimo que había en mi casa.

Comencé siendo modista, puesto que sabía coser e hilar desde muy pequeña; mi abuela me había enseñado a los 5 años y yo todavía seguía bordando en mis ratos libres. Confeccionábamos vestidos y abrigos de la gente más

prestigiosa de Villena, toda aquellas personas que se permitían gastarse en un abrigo lo que nosotros cobrábamos casi en un mes. Cuando el trabajo comenzó a escasear y el sueldo de mi madre y mío no llegaba lo suficiente para mantener a la familia, mi padre decidió que trabajaríamos en el campo como lo hacían él y mi hermano.



Mi hermano Felipe acompañado de su mujer Francisca y mi sobrina Olimpia

Al principio, el desplazamiento de mi madre y mío no era forzoso, puesto que trabajábamos en Villena, pero al decidir mi padre que debíamos trabajar en las fincas de los señoritos de pueblo, era más pesado y había que caminar durante la mañana y por la tarde-noche al terminar de trabajar durante una hora hasta llegar al terreno o para llegar a casa.

Cuando trabajábamos en el campo, el salario que llegaba a mi casa eran 3 pesetas, por lo había que restringir todo tipo de privilegios.

Nuestras comidas eran siempre las mismas, pero no pasábamos hambre. Yo casi siempre preparaba la comida con mi madre: preparábamos una olla con

habichuelas, lentejas, arroz y patatas. Todo se preparaba en la misma olla, y la cantidad era limitada, pero estabas acostumbrado a comer esa porción. Comíamos todos los días 3 ó 4 veces, pero había días que teníamos que comer fuera de casa porque donde estábamos trabajando paraba muy lejos del pueblo, por lo que sólo hacíamos dos comidas: la comida y la cena al llegar a casa.

Mi padre era el que menos comía con nosotros, porque él se quedaba en el campo, y nosotros íbamos a casa; una casa sencilla, con 3 dormitorios, un pequeño comedor y una cocina muy modesta. En los dormitorios dormían mis padres en uno, mi hermano en otro y yo en el que quedaba. Nuestras habitaciones eran muy normales, con una cama, una mesita de noche y un pequeño mueble para guardar nuestra poca ropa que lavábamos en el lavadero del pueblo, ya que no teníamos agua en casa. Allí, todas las mujeres se reunían y muchas veces era el lugar donde más se relacionaban durante toda la semana.

Fueron pasando los años, y comencé a salir con las amigas los sábados por la tarde; íbamos al baile y una o dos veces al año y cuando se nos permitía, al cine y a merendar.

A los veinte años, y siendo un muchacha joven y muy tímida me ocurrió la mejor vivencia de mi vida. Recuerdo este día como si fuese ayer:

“Mis amigas y yo estábamos en el baile, un pequeño salón donde ponían la música del momento, y un grupo de conocidos entró, y como nosotras, comenzó a bailar. Yo era joven y jamás había tenido relación con un hombre fuera de mi padre y mi hermano. Ellos comenzaron a acercarse y algunas de mis amigas salieron a bailar y otras nos quedamos en un rincón sin prestar atención a aquellos “chavales” que no paraban de mirarnos. De repente un joven atractivo se acercó y me preguntó muy cortésmente si me apetecía bailar. Yo acepté y bailamos durante toda la tarde. Nos conocimos y me acompañó a casa manteniendo una cierta distancia porque la gente no debía sospechar que íbamos juntos.

Los días fueron pasando y yo estaba completamente enamorada de él y no podía quitarme su nombre de la cabeza: José Martínez Domene. Tras pasar algunas semanas, se presentó en mi casa y pidió a mi padre si podía salir con su hija. Mi padre le invitó a casa para conocerle y tras una larga conversación que mi madre y yo escuchábamos desde la cocina, le dio el permiso.

Tardamos cinco preciosos años en casarnos. Fue el 29 de noviembre de 1946, en la Iglesia Arciprestal de Santiago y nuestra Luna de Miel fue un viaje de tres días, en Alicante, en una pensión llamada Consuelo, que se ajustaba a nuestros gastos.



Ramona con su segunda hija, Pilar

Cuando nos casamos, nos mudamos al campo, al llamado el Cabezo del Gato, y donde nació nuestra primera hija, el 23 de enero de 1951, llamada Micaela María del Carmen Martínez Alpañés, una preciosa niña morena de pelo rizado que nos hacía enloquecer con sus bailes día a día. Pasados diez años, tuvimos nuestra segunda hija, Pilar Martínez Alpañés, el 28 de abril de 1961, que ahora vive conmigo.

Pasados muchos años volvimos a Villena, a la calle León Felipe, donde todavía vivo yo, y donde día a día me visitan mis hijas y mis preciosas nietas.”

Pero no todo quedó en una historia de trabajo y amor: la Guerra Civil estalló cuando yo tenía 15 años. Mucha gente de Villena tuvo que marchar a las trincheras. Por suerte nadie de mi familia fue llamada para ir a la guerra.

Al finalizar la guerra en 1939, nos vimos sometidos a todas las órdenes de los ganadores de la guerra. En mi familia éramos socialistas, por lo que nos sentíamos frustrados y humillados cada vez que teníamos que cumplir órdenes no deseadas.

Recuerdo que cada vez que pasábamos por una foto o alguna placa de Franco teníamos que alzar la mano, y en cada Aurora por las mañanas tener que salir a la calle a las 6 de la mañana, y los domingos ir a misa con velo incluido.

Al ser “rojos”, estábamos muy mal mirados por las autoridades, y metieron a mi padre y a mi hermano en la cárcel, todo por defender un ideal para ellos equivocado, con la buena suerte, si puede haber alguna, que ellos estuvieron

destinados: mi padre en la cocina, y mi hermano en la taquilla repartiendo los paquetes de la comida.



Un día de playa acompañada de mi sobrina, nuestros respectivos maridos José y Miguel y su hija, Joaquina. 25-07-1955

Todos los días mi madre y yo pasábamos miedo constante, porque no sabíamos qué nos podría pasar, cuándo saldrían de la cárcel, y cuándo terminaría todo esto.

Nosotras teníamos que trabajar más duramente y muchas más horas porque el que llevaba el dinero que nos mantenía de verdad era mi padre, y al no estar él en casa, nos teníamos que hacer cargo de nuestra supervivencia.

Ellos nos mandaban cartas tranquilizadoras, pero nosotras seguíamos preocupadas. Procurábamos verlos todas las semanas, pero yo prefería no ir; aquello era espantoso. Muchísima de la gente que estaba allí, era como mi padre y mi hermano, gente inocente que no había montado ningún follón jamás y que por causas ideológicas debía morderse la lengua y seguir hacia delante. Recuerdo que les hacían comer comida para caballos y había constantes azotes de los guardias hacia los presos, aunque lo único que se libraba era la higiene, ya que al que no se lavaba le pegaban.

Ellos estaban encarcelados en la cárcel de Monóvar. Tuve una mala vivencia allí que hizo que odiase ir todavía más a ese sitio: ponían a los presos detrás de una verja y a los familiares en fila y debíamos pasar de uno en uno para poder verlos 2 minutos como mucho. Delante de nosotros teníamos a unos militares, que se llamaban los Cabeza de Castilla, que te daban la señal para que pudieses pasar. Cuando me tocaba pasar a mí, un compañero del desgraciado que nuestra fila tenía delante me dio la señal para que pudiese pasar, y este militar al ver que pasaba cogió la vara que llevaba en la mano y

me dio en la espalda, en la zona de los riñones, con tanta fuerza que me tiró de rodillas contra el suelo. Su compañero le dijo:

-¡Animal! ¿Pero qué has hecho?

Y él respondió que yo me había querido colar, respondiéndole el otro militar que él me había dado permiso para pasar.

Deseaba con todas mis fuerzas que ese hombre se muriese, pero yo no podía hacer nada, era una pobre chica a la que sólo le tocaba obedecer órdenes.

Pero el día más horroroso estaba por llegar. Una mala noticia para todos llegó justo en el momento en el que pensábamos que todo estaba terminando. Una carta desde la cárcel nos enviaron, diciendo que el tío de mi sobrina, iba a ser fusilado. La carta decía lo siguiente:

Reformatorio de eflicante a las 3 de la mañana
del día 7 de agosto de 1840

Querida Maria e hijos! Estas son mis ultimas
horas de vida y con mucha serenidad
la que supongo deben tener los hombres que como
yo tienen la conciencia tranquila
pienso en vosotros y mi corazón se entristece
solo por no estar junto a vosotros en estas horas
tan trágicas pues mi única pena es esa no poder
abrazar a mi querida Maria y a mis queridísimos

Adrian y

Josefina.

Quisiera ser muy extenso
en escribirlos pero se agolpan tantas cosas a mi
cabeza que no puedo estampar en el papel
mas que recordaros vuestros y mi deseo que
quisiera deciros muchas cosas la reter para
que no cometa imprudencias.

Tu sabes que soy inocente de cuanto se me
culpa todos los escritos que te he mandado
se ajustan a la verdad muero por defender
una idea que creia justa. Es de desahogar
parte de haber sido mi mujer nuestros hijos
pueden llevar con orgullo mi apellido
enseñales el camino del bien y no diles que
su padre fue extremadamente honrado
testigos los que me conoce de ~~este~~ pero que
al parecer esta no es suficiente para vivir
Cuando puedas ver a mi madre consuelala
que pena saber que uno va a morir y su
madre que se encuentre sin libertad y tan
cerca de mi! Dala muchos besos de mi
parte.

Mis pensamientos tambien estan
junto a mi queridísima hermana Paeta otro
sufrimiento mas para la pobre Confio en que

puedas expresar mi cariño lo mismo que a
a mi mujer y a sus hijos

Para tus hermanos y
Bañados muchos recuerdos tambien para
los que te han ayudado a poder salvarme.
Si hay algun amigo que se lo merece mi
agradecimiento. y a Maria recibe un
abrazo muy grande y sincero y tu se lo das
a nuestros queridos hijos acompañado de mun-
chos besos Es lo que os puedo dejar en esta
mi ultima hora y a forma de testamento
quien sin llorar pero con mucha pena
se despide de vosotros Maria Josefina
Pedrin junto a los tres navas deposito
muchos besos vuestro padre y esposo

Manuel de los rios



El caballero que aparece en la fotografía es Pedro Muñoz, escritor de la carta que aparece en la narración.

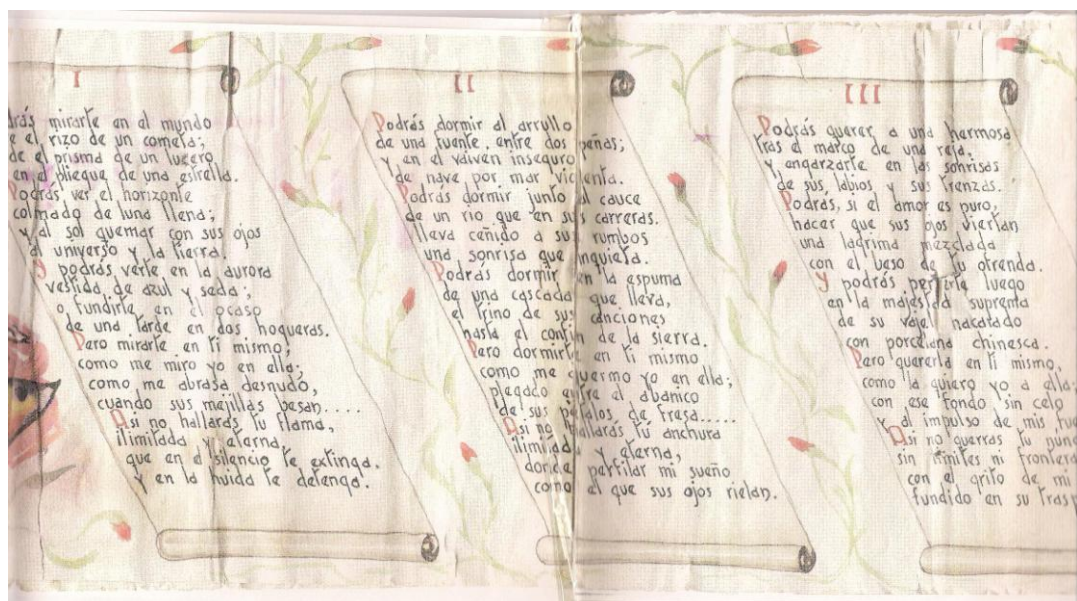
Después de estos horribles sucesos llegó un indulto para los que llevaban 5 años en la cárcel, y ahí salió mi hermano, el cual tallaba en la cárcel trozos de madera, e hizo joyeros que regaló a su hija Olimpia Alpañés Muñoz y a nuestra madre Catalina. Mi padre no pudo salir porque llegaba 5 años y algunos días dentro de la cárcel, así que tuvo que esperar a que llegase el indulto de 6 años, tras el cual mi padre volvió a casa y todos nuestros miedos terminaron.

Durante estos años, mi hermano se casó, con Francisca Muñoz, y tuvo una sola hija: Olimpia Alpañés Muñoz, y a su vez ella tuvo tres hijas fantásticas: Joaquina Navarro Alpañés, Paqui Navarro Alpañés y María Olimpia Navarro Alpañés. De ellas han nacido seis bisnietos encantadores: Lorena, Andrea, Francisco Miguel, Fernando, Olimpia, y Laura.

Es todo lo que puedo contar de mi vida, me gustaría recordar más, pero fue hace tanto tiempo..., y ha pasado tan rápido.... La vida es corta, se debe aprovechar, y ojala, con la mano en el corazón, jamás nadie tenga que pasar por lo que nosotros y los de mi generación tuvimos que pasar en nuestros tiempos.

Un saludo y un abrazo enormes.

DIBUJO Y POESIA ESCRITOS DESDE EL REFORMATARIO DE ADULTOS POR FELIPE, HERMANO DE RAMONA, DIRIGIDO A SU MUJER FRANCISCA Y SU HIJA OLIMPIA.





BILLETES DE LA ÉPOCA

